

CAPÍTULO VI

APRENDER A CAMINAR DE NUEVO

Se muere la punta del tejido trasplantado. El doctor Butz intenta salvarlo. Saca algunos puntos, llena mis sábanas de manchas de sangre, pide a las enfermeras que traigan sanguijuelas. Decido bautizarlas Hugo y Alejandro. Sin embargo, cuando llegan con mis nuevas mascotas, la punta está definitivamente muerta y la necrosis está tomando posesión de su botín.

Van a tener que volver a operar y voy a tener que seguir quedándome en el hospital. Otra vez viernes, otra vez la bata de hospital, otra vez la cinta automática que me lleva de la cama a la camilla al comienzo del pasillo helado. El camillero verde coloca colchones debajo de mi talón atravesado por el gancho de carnicero para que no lo tenga que tener en el aire. Me tapa con mantas verdes y me lleva por el pasillo helado. Pasamos delante de puertas de acero inoxidable. A veces nos cruzamos con una figura verde, a cada tanto veo guantes estériles maniobrando.

Entramos por la puerta de acero inoxidable que me ha sido asignada. Un barbijo verde declara ser mi anestesista de hoy. Los dedos enguantados me llenan los brazos de agujas, acercan la máscara de oxígeno y solo

entre el sueño y la realidad distingo la luz encandilante del quirófano. Reconozco la voz del doctor Butz detrás de otro barbijo verde cuando me explica que me ha tenido que despertar con una inyección de adrenalina porque mi presión estaba demasiado baja. Después me vuelvo a dormir.

Cuando me despierto en el Aufwachraum, la sala de despertar, escucho el *tuc-tuc* de la bomba al vacío que han vuelto a conectar a mi pie. Con los dedos exploro mis piernas y mi cadera y no descubro ningún tajo. Quiere decir que solo han sacado el tejido negro, que me van a tener que operar otra vez para trasplantar piel viva al agujero chico que quedó abierto. El botín que la muerte sigue defendiendo en el lugar del agujero grande. Me voy a tener que quedar más tiempo en el Krankenhaus.

¿Cuándo?, le pregunto al Dr. Butz cuando se acerca a mi cama. Sí, estoy lúcida. El martes, me contesta. Martes, cuatro días más de bomba. Otro fin de semana en la casa de enfermos. Frau Bogenrieder se ha ido a su casa. La han venido a buscar como la trajeron: en una camilla. Le van a cortar el pie un poco más adelante, primero tienen que seguir dándole medicamentos. A mi habitación ha llegado otra Frau además de la Frau que no se mueve. Otra Frau con bata de hospital y olor a muerte. Toma pastillas de miles de formas y colores y está en condiciones de hablar. Dice que se llama Roswitha. También tiene enfermedades de todas las formas y colores. Sobre todo tiene falta de esperanza crónica. Fuma como una chimenea, sin duda para alimentar al cáncer, a la hepatitis y a todo lo demás. A veces se ríe con una risita ácida que contagia la muerte al alma.

El olor a muerte me quiere asfixiar. Me está consumiendo de a poco. Por eso mis piernas están cada día más flacas y más blancas. Están adquiriendo una consistencia blanda y extraña. De a poco la casa de enfermos me está confinando a un cuerpo que no es mío y cada día me siento más fuera de lugar.

Necesito aire, necesito movimiento. Necesito saber que aún soy yo. Invento un vehículo. Descuelgo el cable que mantiene mi pie suspendido en el aire. Me siento en la silla inodoro que uso para llegar hasta la ducha y vuelvo a colgar el pie de un soporte para transfusiones. Manejo el soporte para transfusiones con el pie sano y remo con las muletas. Empiezo a explorar el Krankenhaus remando.

El cuadrado que describen la U 2.1 y la U 2.2 alrededor del patio interno se transforma en mi primer circuito de entrenamiento. Cincuenta vueltas por día son el mínimo obligatorio, decreto. Cincuenta vueltas estruendosas en mi vehículo bizarro y ruidoso mientras me voy acostumbrando a las miradas estupefactas de los visitantes.

En el hall de entrada mi pasaje llama aún más la atención. Al verme transitar por ese limbo entre el Krankenhaus y el mundo de afuera, los testigos de mi pasaje no saben decidirse entre el horror y la risa. Quizá por eso se quedan inmóviles, algunos mirándome con la boca abierta, otros desviando la mirada. He pasado a integrar el espectáculo grotesco del Krankenhaus y sin embargo no encuentro punto de comparación entre mi grotesco personal y los fumadores en la puerta de entrada.

La puerta de entrada es el espacio recreativo de los enfermos de cáncer. Los que aún están en condiciones de caminar se amontonan ahí para fumar. Día y noche me encuentro con una bata azul que estaciona su soporte para suero al lado del cenicero. Fuma y tose. A veces charla con la pierna amputada que estaciona su silla de ruedas en frente. Sin embargo, la mayoría no habla. Llegan arrastrando sus soportes para suero con miradas muertas. Estacionan, inhalan y expulsan humo hasta que sus batas fantasmagóricas vuelven a desaparecer en el interior del Krankenhaus.

Los pasillos del Krankenhaus están adornados por grandes carteles publicitarios. Ofrecen cáncer *à la carte*. El paquete de cáncer del intestino incluye el tumor, la internación, el equipo quirúrgico y la grasosa sonrisa del profesor Mayer. De forma opcional, se puede seguir con el cáncer de pulmón o de colon. Las posibilidades son casi infinitas y siguiendo el camino de los pósteres llego al pasillo que lleva a la iglesia y a la unidad para morir.

Parece un túnel oscuro habitado por corrientes de aire glacial. Lleva al mundo después del Krankenhaus. Desemboca al lado de la entrada de la iglesia. Pasando las velas reina la oscuridad y el silencio. Detrás del altar hay una alfombra y pienso que sería un lugar perfecto para dormir, a salvo de los ronquidos de las Frau. Si no fuese por el aire pesado y asfixiante, sobrecargado de incienso y de las penas de los visitantes, lo haría.

De la iglesia, el pasillo continúa y muere frente a una puerta de vidrio. Palliativstation, unidad para morir, dice un cartel. No me atrevo a acercarme más. Empuño

mis muletas y empiezo a remar con toda mi fuerza. He estado ahí. He mirado la muerte de frente en el Ala Izquierda. Ahora la necesito mantener alejada para que no vuelva a anidar en mi pie. Pienso que al menos Peter no murió en una casa de enfermos. Murió, pero no murió *esa* muerte.

Llego al ala frente al pasillo de la muerte. Otro pasillo con tubos fluorescentes y carteles publicitarios para el cáncer. Otro piso de linóleo. Pero también hay otros carteles. Carteles rojos que indican que no se puede entrar sin guantes, sin barbijo o sin ropa especial. Carteles que indican que hay que esterilizarse las manos antes de entrar. Para encarcelar la muerte detrás de esas barreras estériles. Para no morir ni matar. Las enfermeras de este pasillo andan camufladas y enmascaradas. Entiendo que ando por otro pasillo poblado de muerte y siento terror. Necesito sacar mi pie de acá.

En el Ala Izquierda me encontré frente a una muerte horrorosamente fuerte y potente. Thánatos apasionado por arrastrarme a su abismo letal. La muerte erigiéndose como una declaración de fuerza en medio de la vida. Thánatos, *der Tod*. En alemán la muerte es masculina. Masculina como la fuerza viril que me estrelló al pie de la pared. Como la voz seductora que me invitaba a dormirme entre sus brazos. En el Krankenhaus la muerte es neutra, un ello, un estado, un proceso lento y constante que se infiltra y se contagia de forma desapercibida mientras se van consumiendo los deseos que impulsan a vivir. Frente al Ala Izquierda tenía que luchar contra la seducción de la muerte. En el Krankenhaus se trata de correr la muerte y buscar espacios alternativos para que

puedan subsistir los anhelos. Se trata de fortalecer el hilo de vida en medio de tanta muerte. Tengo que vivir a pesar y a causa de la unidad para morir. Se trata de anclar la vida firmemente en el papel, en salir de la 5, de remar con la nada en contra para no dejarme invadir por el vacío de deseos y la falta de palabras.

Sin embargo, hay un ala diferente en el Krankenhaus. Un ala que podría hacer pensar que después de todo un Krankenhaus tal vez sea un lugar para sanarse. Tiene paredes recién pintadas de colores alegres y una hermosa vista al jardín. En el carrito de reparto descubro comida que huele a comida y debe de tener sabor a comida. Veo salmón y tomates, queso y champiñones, cuando creía que en todo el Krankenhaus no existía otra cosa que las estériles rodajas de pan negro y el genérico de sopa aguada.

Lo más sorprendente en el ala diferente son los pacientes. Son personas de formas redondas y caras expresivas. En vez de la bata *hospitaliens* andan vestidos de humanos. Caminan por los pasillos estrenando sus caderas nuevas. Hablan del hermoso sanatorio con pileta y sauna adonde se van de acá. Se ven tan vivos que deduzco que deben tener nombres. Me gustaría preguntarles, pero viene una enfermera y me dice que no está permitido andar por el ala diferente. El ala diferente está reservada para los pacientes privados y no se deben mezclar con los de segunda clase.

Descubro el tercer piso. La unidad de rehabilitación geriátrica. El piso tiene otra textura. Es de madera y siento alegría de ver algo menos estéril y más humano que la U

2.1. Debe de ser porque a los habitantes del tercer piso aún se les concede un cierto algo de esperanza. O tal vez porque ellos también son pacientes privados. A medida que avanzo encuentro pruebas. Veo máquinas de entrenamiento. Una bicicleta fija para gente en silla de ruedas. Una bicicleta que puedo usar con mi pierna sana mientras estaciono el soporte para suero del cual cuelga mi pata rota al lado de la máquina. Al final del pasillo encuentro más aparatos. Una máquina para entrenar los brazos. El enfermero Stefan se ríe de mi vehículo. También se ríe de mi intento de domesticar lo grotesco con las calabazas de Halloween que he colgado alrededor de mi soporte para suero. Para despistar el espanto y desviarlo a la sonrisa. Stefan me dice que puedo venir a entrenar clandestinamente. Solo tengo que esperar hasta la tarde, cuando se vayan los terapeutas.

Sin embargo, lo más maravilloso del tercer piso es la puerta a la terraza. Las pequeñas ruedas de la silla inodoro se traban en el umbral mientras levanto el soporte del suero para pasarlo por la pesada puerta. Finalmente al aire libre tengo que remar con todas mis fuerzas para subir la empinada rampa. En la oscuridad saboreo el aire vivo que sabe a pasto húmedo y a otoño. A lo lejos discierno el castillo de Nymphenburg en medio de la neblina. Mientras vuelvo a la U 2.1, a la asfixia de la habitación número 5 y al hedor de la muerte, me juro que cuando salga del Krankenhaus me voy a emborrachar con champán, escalar todas las montañas que pueda y sonreír todos los días.

El martes me tienen que venir a buscar otra vez. Empiezo a sospechar que mi cirugía ha sido pospuesta,

que la fila de espera ha sido demasiado larga. Que el largo ayuno ha sido inútil. Que el ceremonial preoperatorio de la bata de hospital ha sido destinado únicamente a demostrar mi insignificancia dentro de la maquinaria del Krankenhaus. Finalmente, a principios de la tarde aparece Silvio, el camillero mallorquín. Vamos, me dice en español mientras me empuja hacia la sala de la cinta automática, que me tiene que trasladar al principio del pasillo helado. Que sea la última, pienso en el pasillo estéril de las puertas de acero inoxidable. No me importa que otra vez se me esté bajando la presión, me da lo mismo que otra vez me tengan que traer de vuelta con adrenalina porque estoy débil de hambre y de sed. Que no me tenga que volver a poner la bata de hospital, las medias compresoras, la bombacha de red. Que sea la última, deseo, bajo de la máscara de oxígeno mientras el líquido blanco apaga el mundo.

Náuseas. Náuseas entre los gemidos y las quejas de la cama vecina. Náuseas entre los pitidos intermitentes de los monitores. Náuseas que no tienen importancia porque he encontrado el tajo. Abro los ojos y despierto por última vez en el Aufwachraum. Siento el ardor del tajo en mi muslo y sé que han cerrado el agujero chico. Si todo sale bien me puedo ir dentro de una semana, me dice el doctor Butz entre las náuseas y el dolor de la esperanza. Me ha liberado del gancho de carnicero y solo me queda esperar con el pie colgado en una eslinga hasta que mi sangre encuentre su recorrido por el tejido trasplantado.

Cuelgo mi pie y espero. Llega el viernes y siento que no aguanto más. El Krankenhaus me está enfermando.

Sé que no puedo dejar de mantener mi pie al nivel de mi ombligo. También sé que no soporto una sola noche más en la habitación número 5. Empiezo a entrenar en secreto. Mi pierna sana ha adelgazado mucho pero aún me sostiene. Agarrándome de las dos barandas del puente para aprender a caminar, en el tercer piso avanzo a saltos con el pie lesionado en el aire. Veo que se puede. Empiezo a practicar con una baranda y una muleta. A la tarde recorro los pasillos de la U 2.1 y de la U 2.2 con las dos muletas sin bajar el pie del nivel de mi ombligo. Estoy satisfecha. Busco al médico de turno y le digo que me voy. No me importa que el Krankenhaus pueda cobrar más plata al seguro si me quedo. Dónde tengo que firmar. El doctor Butz no está y el doctor Papparazzi no puede impedir que firme el papel. Hasta los pacientes de segunda clase lo pueden firmar.

Llega mi padre. Le pido que lleve mi orquídea. En la casa del Franz-Fendt-Weg ya no hay plantas muertas y sé que a mi padre le gustan las orquídeas. La vamos a poner en la cocina, le digo. Después duermo. Duermo toda la noche y todo el día siguiente. No escucho los ruidos de la bomba y solo me levanto para comer comida con sabor a comida a la tarde, antes de seguir durmiendo.

El domingo voy al gimnasio. Subo las escaleras arrastrándome, con la técnica que aprendí en el glaciar y con la pata rota en el aire. Llego a la sala de aparatos y veo que, a pesar de mi entrenamiento en el hospital, a pesar de la tabla de entrenamiento sobre mi cama, he perdido mucha fuerza en esas semanas. He perdido fuerza y la voy a recuperar. Para eso me arrastré por las escaleras. En casa sigo durmiendo y duermo hasta el lunes.

El doctor Butz está furioso. No acepta seguir tratándome si no me quedo en el hospital, dice. No existe ninguna razón médica para que me tenga que quedar. Pero sí existe una razón económica. Lo pronuncia con calma. Como si me estuviera hablando de medicina. Necesito que el injerto tapa-agujero viva y solo va a vivir si el doctor Butz le enseña a formar parte de mi pie. Trago las lágrimas de impotencia, lo miro con odio y digo que acepto quedarme. Sin embargo, no revelo mis planes para la noche. He jurado no volver a pasar una noche en la número 5, ni en ninguna otra habitación del hospital, y lo pienso cumplir.

A la tarde, José me trae lo que le pedí: un aislante, una bolsa de vivac y una bolsa de dormir. Ya no necesito dormir con el pie colgado y tengo sed de estrellas. Espero hasta que el turno de noche dé su primera vuelta. Cuando están a punto de irse satisfechos después de haber llenado sus registros escatológicos, aviso que, en caso de no poder dormir, voy a dar unas vueltas por los pasillos.

Tengo que hacer dos viajes para llevar mi equipo a la terraza sin llamar la atención de las enfermeras. Cerca de la medianoche mi campamento está instalado en un pequeño pasto. Con mucho cuidado aseguro el soporte para suero para que no se vaya rodando y trabo las ruedas de la silla inodoro. Finalmente me paro sobre el aislante y me siento con el pie lesionado en el aire. Empiezo a enfundar mis piernas en la bolsa de dormir y la bolsa de vivac. Pronto me encuentro acostada con la cara inmersa en el aire helado y la noche estrellada.

Es una noche muy fría y trato de prolongar el goce de mi libertad condicional acurrucándome en la bolsa de

dormir, que, por cierto, no es de alta montaña. A la madrugada me despierto helada pero libre, lejos del hedor de la 5 en un lugar de aire vivo y de estrellas. La humedad sobre mi bolsa se ha congelado y tengo que sacudir la funda de vivac para liberarla de la escarcha.

«*Du wirst ja wieder*»⁷⁴, me dice Roswitha con acidez cuando se despide. Me doy cuenta de que ha sido un error saber su nombre. Es una Frau. No tiene que tener otro nombre. Tengo miedo de que su nombre me contagie la muerte. Respiro aliviada cuando empuja su amargura corrosiva y su silla de ruedas por la puerta de la 5. La puerta se cierra detrás de ella y solo queda un aire de envidia amarga flotando en el aire. Prefiero a la Frau que no se mueve. Ella es menos peligrosa que la risa ácida de Roswitha.

Mientras abro la ventana y me sacudo el alma pienso en las palabras de Roswitha y entiendo lo que acaba de pasar. Ella ha visto mi pie. Mi pie horriblemente hinchado y desfigurado. Mi pie lleno de tajos, los agujeros del gancho de carnicero y las cicatrices. Ha escuchado a los médicos que me siguen repitiendo que no voy a volver a escalar. Que me quieren decir que el deseo que me protegió de la voz seductora de la muerte durante las noches sobre el glaciar es inválido. También vio mi tabla de entrenamiento. Me vio entrenando en el tercer piso cuando se fue a fumar a la terraza. Escuchó que voy a volver a la montaña. Caigo en la cuenta de que su tono ácido se debe únicamente a esas palabras: «Voy a volver a la montaña». Vio toda la evidencia en mi contra y aun así creyó en esas simples palabras sin

74 Alemán: «Vos te vas a recuperar».

fundamento científico. Creyó en mi deseo. Tengo el arma más poderoso del mundo en mi pie y no lo sabía.

Lluvia. Lluvia torrencial que se abate con intensidad helada sobre el mundo del Krankenhaus. Una espesa cortina gris que me tiene confinada al hedor a muerte. Las gotas se estrellan pesadamente contra los vidrios y se escurren con ánimo de seguir espesándose. Si no quiero ahogarme en mi vivac, necesito buscar un lugar de acampe alternativo. La iglesia está descartada. No quiero sustituir el olor a muerte por el incienso con sabor a pena.

Finalmente me refugio en la sala de estar de la unidad de rehabilitación geriátrica. Entreabro la ventana y acampo debajo de la mesa. Duermo apaciblemente escuchando las ráfagas de viento hasta las cinco de mañana, cuando el personal de limpieza pone un brusco final a mi descanso nocturno.

La siguiente noche se anuncia aún más complicada. La lluvia torrencial no ha cesado y la enfermera de turno no me quiere dejar escapar. Bien, le digo. Si quiere que me quede me tiene que procurar un lugar oscuro sin olor a muerte ni ronquidos. En contra de mis expectativas, la enfermera lleva mi cama al pasillo. En el área de descanso, frente al ascensor auxiliar, hay una ventana y no hay luz. Con mis muletas corro las enormes macetas hasta crear un cerco de plantas alrededor de mi cama. La última mañana en la casa de enfermos me despierto rodeada de enfermeras y de camilleros curiosos.

Cuando salgo por la puerta de entrada veo que el mundo de afuera ha cambiado. El otoño se ha

transformado en invierno. El perfume de las hojas mustias y de los días soleados se ha rendido frente al soplo helado y seco del invierno. La calle aparece barrida en toda su desnudez gris de la noche de noviembre. Salgo por la puerta de entrada del Krankenhaus como se sale de una máquina de tiempo. Mientras bajo las escaleras, mientras me voy alejando del cenicero y de los fumadores enfermos de muerte con sus soportes para suero, me aspira el torbellino de vida del mundo de afuera. Ya no sé cuánto tiempo he pasado en la casa de enfermos, semanas, meses, años. Solo sé que he vuelto al mundo de la vida, de la esperanza, del deseo y de las expectativas.

El mundo de afuera tiene color y tiene sabor. Vuelvo a sentirle sabor al aire que respiro. De repente todo el anhelo del caminar se abate sobre mí. Extraño mi pie. Extraño caminar. Me acuerdo de los últimos días en La Paz antes del accidente. Me acuerdo de las subidas y bajadas por callejones empinados en medio del esmog pacheño. Me acuerdo de las compras en los mercados, de las compras avanzando sobre mis dos pies. De las veredas que salté. De las escaleras que bajaba rebotando sobre madera vieja. De los escalones que subía corriendo. Me acuerdo de entrar caminando al Alexander Coffee y siento una tremenda nostalgia por el sabor liviano y despreocupado del caminar.

Me tengo que hacer dueña de la nostalgia por mi pie, transformar mi añoranza del caminar en mi pie derecho. Es ella la fuerza que me empuja. Voy a volver a la montaña. Son esas las palabras mágicas que me llevan al gimnasio. Que me acompañan aun con lluvia helada. Que me dicen que tengo que vencer el miedo protector

que envuelve mi pie. Que tengo que empezar a apoyarlo de a poco. Que lo tengo que estirar en contra del dolor, en contra de la muerte. Que tengo que seguir trabajando, para enderezarlo, para lograr apoyar la planta del pie entera en el piso, para calzar un zapato. No me tengo que quedar con el «no» del médico que dice que no necesito más de una sola orden para seis sesiones de fisioterapia porque soy paciente de segunda clase.

Tengo que seguir, tengo que apoyar mi pie en el piso, tengo que aprender a caminar de nuevo. Tengo que dar el primer paso, aun si acabo de enterarme de que Maxi no va a venir para compartirlo conmigo. Ya tenía el pasaje. Decía que me extrañaba, que me quería ver. Tenía que llegar, tenía que acariciarme el alma y las cicatrices y ahora sé que no va a volver nunca. Que su llegada fue la breve ilusión de un final feliz. Que en su lugar quedó el agujero negro de una ausencia que ninguna cirugía puede cerrar.

Maxi, que me escribía desde los 8.000 metros de altura para hacerme olvidar el Krankenhaus. Maxi, que me decía que no puedo dejar de escribir. No se lo llevó la montaña. Estaba en la ciudad, frente a su computadora. Estaba ahí sentado escribiendo que no podía conseguir trabajo vendiendo camellos en Tombuctú. Que no iba a ir a la Luna. No sabía que yo sí puedo ir a la Luna, y porque no creía que podía vender camellos en Tombuctú ni mudarme a Katmandú se quedó ahí sentado escribiendo que no cuando explotó la bomba. Una bomba sin sentido, sin ideales, sin destino. Se llevó a Maxi, se llevó sus palabras y sus caricias. No fue la montaña, fue una simple y estúpida bomba que lo asesinó, y junto a él, la vida de

mi amor por él. Y aun así tengo que apoyar mi pie en el piso y tengo que aprender a caminar de nuevo.

No puedo llorar porque no puede ser cierto. Porque es absurdo. No debo llorar porque necesito mi fuerza para levantarme mañana, para apoyar mi pie en el piso, para colocarlo delante del otro, para aprender a caminar de nuevo. Tengo que aprender a caminar para alejarme caminando del agujero negro de la ausencia.

Tengo que aprender a caminar aun si la comida no sabe a nada, aun si a veces no recuerdo para qué levantarme mañana. Necesito caminar aunque sea nada más que un fantasma que camina. Aunque me desgare extrañándolo. Aun si el cielo está gris y si mi mirada no logra atravesar las masas de nieve que transforman mi habitación en una cueva de hielo. Tengo que aprender a caminar para marcar yo sola las huellas que había soñado ser de los dos.

Tengo que aprender a caminar para dejar la piedra del dolor como un hito en mi camino. Para seguir escribiendo nuevas huellas con mis pies y con mis manos. Para subir al Monte Rosa para Peter. Para descubrir que el cielo sigue estrellado y bello. Demasiado bello para morir. Para viajar a la Luna, para comprobar que puedo conseguir trabajo vendiendo camellos en Tombuctú. Para ir a Nepal aunque tenga que ir sola, acompañada solo por mis patucos. Para que mi abuela reciba una postal de Katmandú.

El primer paso. Resultado de un olvido, de una distracción. O tal vez simplemente consecuencia de la

vida que continúa a pesar de todo. Estoy colgando ropa y pensando en la montaña cuando me olvido de las muletas para dar el paso que separa el lavarropas del tendero. Mi primer paso. Ni me di cuenta. Como si estuviera aprendiendo a caminar por primera vez. Mi primer paso, simplemente porque estuve haciendo algo tan trivial como colgar ropa. Tengo que reconstruirlo en mi mente para saber que era torpe, extraño y bello.

Ha llegado el momento de poder empezar la fisioterapia. Dolor. Dolor ensordecedor. Dolor que no ha terminado. Que cobra nuevas dimensiones y me dice que sigo viva. Que sigo viva aun si Maxi ya no va a estar nunca, aun si Peter jamás va a escalar el Monte Rosa y aunque no haya podido evitar su muerte. Dolor que dice que mi pie sigue vivo. Que mi pie se va a mejorar gracias al dolor.

El consultorio se transforma en santuario de mi peregrinaje diario. En mi razón de levantarme a la mañana. Voy en homenaje al VOYAVOLVERALAMONTAÑA. Palabra ancha y larga que se transforma en el centro de todo. No existe nada aparte del consultorio. Sin embargo, cada día se vuelve más difícil llegar. Nieva. El mundo se vuelve cada vez más blanco y más peligroso. El traicionero hielo verglás, debajo del espeso manto de nieve, me quiere encerrar en la casa, me quiere decir que no vaya a la fisioterapia porque es peligroso. Quiere quitarme el dolor que necesito para volver a caminar, que necesito para no sentir el dolor del otro agujero negro.

No puedo dejarme encerrar por la nieve ni por la tristeza, ni por el veredicto del traumatólogo. Que debo estar agradecida de no haber perdido el pie, me dice. Que

con eso me debe alcanzar. Que no debo esperar más. Él no me va a escribir más órdenes para fisioterapia. Total, entreno sola. Me doy vuelta y salgo. Yo sí espero más. Pretendo caminar normalmente. Pretendo no ser renga⁷⁵. Pretendo volver a la montaña. Si el único impedimento es una orden para fisioterapia, entonces la voy a conseguir. Por suerte, mi padre es amigo de la médica vecina. Da clases de matemáticas a sus hijas y consigue la orden.

En el nuevo centro de fisioterapia me encuentro con el recado de un desconocido. El terapeuta del otro turno dice que me conoce y me quiere saludar. Voy sin entender nada y me encuentro con un par de manos que he visto en el borde de mi camilla, al otro lado del mundo, en Bolivia. Son las manos de Schorsch. No sabía que era alemán, ni que trabajaba en el barrio de mi padre. Solo veía las manos en el borde de mi camilla y sabía que esas manos querían que viviera.

Llega el día en que me voy a bañar y solo al final del pasillo me doy cuenta de que me he olvidado de las muletas. Que he vuelto a caminar. Renga, con miles de cicatrices y a pesar del dolor en el alma, sigo respirando y he vuelto a caminar.

Finalmente llega Navidad y sigo respirando. Nochebuena me encuentra parada sobre mis dos pies, en el borde de una autopista haciendo dedo para llegar al sur de Francia para visitar a mis franceses. Levanto una muleta y tengo suerte. Ya es de noche cuando llego a Rodez, a la nueva casa de Amandine, al encuentro con

75 Argentino: coja.

el pasado, el presente y el futuro. Al *foie gras*, a los libros nuevos debajo del árbol de Navidad y al brindis por mi pie.

De Rodez seguimos a Grailhen, a la antigua casa de fin de semana de mis franceses que se ha convertido en hogar permanente de su biblioteca. Vuelvo a los recuerdos de mi año francés, a las *chocolatines*⁷⁶ y a la sed de las palabras. Recuerdo el Grailhen de mi adolescencia y veo que, a pesar de todo, no ha cambiado mucho.

Grailhen, el pueblo más chico de los Pirineos. Cuna de palabras y de magia. Cuando llego por primera vez solo tiene tres habitantes y más casas que gente. Es un pueblo que ha sido construido para la eternidad. Escondido como un nido en lo alto de la montaña, solo aparece entre los árboles cuando estamos llegando. Casas enteramente construidas de piedras acurrucadas bajo sus inclinados techos negros de *ardoises*⁷⁷. Se juntan en los rincones, se apoyan una sobre la otra para construir una muralla contra el viento y la nieve. Hasta sus estrechos callejones están recubiertos de piedras que han sido colocadas una por una con su peso y su historia. Hace siglos que la lluvia y el agua del deshielo las recorren. Que resisten impasiblemente a la fuerza de los temporales. Estas piedras y su historia pesan sobre Grailhen con un aura de extraña solemnidad, que se personifica en la pequeña iglesia que se eleva como testigo del paso del agua y del tiempo en medio del callejón principal donde termina su descenso. Ahí, frente al valle, como guardianes contra el viento que sopla desde el lado español, están los muertos resguardando sus recuerdos debajo de las piedras de sus sepulturas.

⁷⁶ *Croissant* de chocolate.

⁷⁷ Francés: teja de roca metamórfica, típica de esta zona de los Pirineos.

En el callejón principal viven Gaby y Bertrand. Continúan viviendo ahí aun si Bertrand ha muerto y si Gaby se ha mudado a un geriátrico. Son hermano y hermana que viven juntos desde hace más de ochenta años y tal vez desde la eternidad. Bertrand es un viejo increíblemente flaco y tan encorvado como los árboles torcidos por el viento. Tiene las mejillas coloradas por una infinidad de pequeñas venas dilatadas. Una amplia sonrisa jovial descubre su desdentada boca. En su dialecto gutural cuenta sus aventuras de la caza del jabalí. Tiene el hombro lastimado porque la detonación de su pesado rifle ha sido demasiado fuerte para el contrapeso de su frágil cuerpecito y lo hizo caer para atrás. Mientras Bertrand se ríe de su accidente, Gaby nos convida a moscatel. Sus pequeños ojos y su nariz, levemente torcida, le hacen parecerse a una perdiz. Nos sonríe con su mirada miope del otro lado de las espesas lentes de sus gastados anteojos que están remendados con cinta Scotch. Mientras habla, limpia sus gruesas manos en su delantal y se mueve febrilmente excitada por la cocina. Coloca un platito de maní polvoriento en la mesa. Está reservado para los invitados de honor.

La casa de mis franceses es la más alta el pueblo. Una casa alegre con paredes amarillas y mucha madera. Una casa del presente construida para contemplar el pasado. Ni bien me levanto a la mañana, me asomo por la ventana que se abre como un ojo en medio de las *ardoises* negras de grafito que brillan argentadas en los primeros rayos del sol. Una espesa capa de nubes cubre el valle como un mar de espuma. Llega hasta los techos de Grailhen y se extiende hasta el otro lado donde se eleva el Arbizon. Amaneció con la cumbre nevada.

Vuelvo a un Grailhen que ahora tiene 17 habitantes, donde Gaby y Bertrand ya solo existen en mi memoria. A Grailhen donde Marie-Paule y Fabrice siguen leyendo libros. Donde continúan fluyendo las palabras, donde nadie ha muerto, donde mi abuelo sigue contando chistes y donde el Ala Izquierda sigue siendo estrellada.

En Grailhen la ausencia no duele menos y mi pie no es igual que antes. Pero sé que voy a empezar el año nuevo parada. Que voy a continuar a respirar y a caminar a pesar de todo. Que voy a caminar hasta donde sea preciso para comprobar que la magia sigue viva, que la vida se puede inscribir entre frescas huellas de centellas aun si estas huellas son apenas mías. Y tal vez puedo hacer algo más. Pienso en Peter. En Peter que no he podido salvar. Peter para quien no he podido hacer nada. Recuerdo nuestra conversación en la orilla del lago Khiara Khota y de repente pienso que yo también puedo obsequiar relatos. Que puedo obsequiarlos en su nombre y reinscribir su muerte de otra forma en mis huellas.

Ha llegado el momento de volver a la montaña. Calzo mis botas de montaña y unas raquetas de nieve. Agarro mis muletas de alta montaña, el regalo de cumpleaños de mi hermano que me ha construido muletas con puntas de bastones de *trekking*, y pruebo. Mi pie está duro, siento como las placas de metal se mueven por dentro y sé que aún tiene que aprender a subir montañas. Se siente torpe y algo dolorido pero aun así comienza a dejar sus huellas en la nieve. Camina y imprime los recuerdos de los que ya no están junto al deseo del futuro.